

# In Unum

*“Padre, que sean uno... para que el mundo crea”*

**Publicación mensual del**

**“INSTITUTO SECULAR ORIONINO” OCTUBRE 2012**

## *Palabras de San Luis Orione*

**E**scuchen lo que les digo: el amor a la Virgen de los Hijos de la Divina Providencia, y el amor a los santos y a todo aquello que es santo, se ve, y se debe ver, también en el modo en cómo veneran, respetan y tengan en cuenta a las imágenes sagradas y antiguas, también si a los ojos no gustan tanto. Los Hijos de la Divina Providencia deben ser hombres de fe, religiosos de fe viva, también en esto...

“Todos saben que los católicos no veneramos las figuras, las estatuas, los cuadros de los santos, del Señor o de la Virgen, por sí mismos: de esto nos acusan los protestantes a los católicos. La Iglesia venera y hace honrar por la piedad de sus hijos las imágenes, las figuras, las pinturas, etc., por lo que representan... Por esto, alrededor de la estatua, o del cuadro de la Virgen, o del patrono de la ciudad o del país, se hacen tantas fiestas, se encienden tantas luces, y corre tanta gente de todas partes: en aquel cuadro, en aquella estatua se honra, se venera, se reza a la Virgen, se reza a los santos. Y, muchas veces, suceden verdaderos milagros... Justamente es la fe que hace todo, que, como dice el Señor, mueve las montañas que están a la parte izquierda para llevarla a la parte derecha...”

“Por lo tanto, fe, queridos hijos míos, fe siempre, ¡también en esto! Los Hijos de la Divina Providencia, deben distinguirse también en esto: en venerar y amar todo aquello que se refiere al Señor, a la Virgen, a los Santos, también en las estatuas viejas que estarían mejor –porque están carcomidas y sin color– en el desván, en medio de las cosas que ya no sirven. Pero la imagen sagrada siempre vale algo, más bien vale mucho, vale todo, porque vale mucho, vale toda la fe de quien la honra. El Señor y la Virgen conceden las gracias... También nosotros en la Congregación hemos venerado, respetado las estatuas viejas y puedo hablarles de tantas gracias y también milagros, que el Señor y la Virgen le han concedido a los Hijos de la Divina Providencia, a través de cuadros y estatuas viejas... El culto dado en casi todos los Santuarios más célebres de Italia, y también fuera de Italia, son sentidos por el pueblo porque allí se veneran los cuadros que fueron venerados y rezados por sus antepasados, los padres de los padres...”

“La estatua de nuestra Capillita, de aquí de la Casa madre, es una estatua vieja y ustedes conocen su historia... Es una historia de gracias, tan verdad que le fue colgado en el cuello aquel corazón tan grande, para demostrar nuestro gran amor por Ella, pero también para agradecer los favores de Ella, de esa estatua, que hizo a todos los Hijos de la Divina Providencia que pasaron de aquí, e también a toda la pequeña Congregación... Es casi más grande el corazón, que la estatua... (se ríe).

“Esto debe decirnos que debemos también nosotros tener el corazón grande, como aquel, corazón grande por el amor a la Virgen, por la confianza, por la fe, queridos hijos míos... Quien tiene fe hace milagros y obtiene milagros... Esta estatua de la Virgen Auxiliadora nos enseñe y recuerde siempre esto, cada vez que la vemos y venimos a rezar...” (De las “Buenas noches” del 24-5-1939)

(Sacado del librito “Lo spirito di Don Orione”, Volumen VI, págs. 57-59)



## *Consigo mismo, como persona*

**H**emos visto las relaciones del discípulo: 1) Con Dios, como Padre. 2) Con Jesús, como Maestro. 3) Con el Espíritu Santo, como guía. 4) Con los demás, como hermanos. 5) Con las cosas, con libertad. Nos falta esta última: Consigo mismo, como persona.

Muchas veces se tiene falsa idea del amor a sí mismo y se confunde con egoísmo, olvidándose que el amor a nosotros mismos es la medida para amar a nuestros hermanos: *amarás a tu prójimo como a ti mismo*: (Lev. 19,18). Por tanto, existe la exigencia de amarse, servirse y respetarse a sí mismo, como merece un hijo de Dios y hermano de Jesucristo.

El problema más grande para amar a los otros no son ellos, sino nosotros mismos, porque generalmente repelemos en ellos lo que no aceptamos en nosotros mismos. No amamos en los demás lo que rechazamos en nosotros mismos.

Se trata de tener clara conciencia de nuestro valor como personas con posibilidad de amar, y con la dignidad suficiente para ser amados. La personalidad radica en la individualidad (no individualismo) que nos hace irrepitibles e insustituibles en la historia.

Este valor exige tener conciencia de que las organizaciones (gobiernos, sistemas económicos, comercio, asociaciones y todo tipo de ley) están al servicio de la persona y no al revés. El Maestro así lo estableció cuando afirmó categóricamente: “*El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado*” (Mc.2, 27). La persona está por encima de las leyes; o mejor dicho, las leyes, tradiciones o costumbres, sólo se validan en vistas al bien de la persona y la comunidad.

El discípulo de Jesús se valora como persona que ha costado el precio de la sangre del Hijo de Dios (1 Cor. 6,20). Por eso se respeta y se hace respetar, tanto por los demás como por las instituciones. No se doblega ante los poderosos, ni se acompleja frente a los ricos de este mundo. No se considera menos que nadie, pero tampoco más que ninguno, pues todos los seres humanos gozan de la misma dignidad. Sabe que el color de la piel, la estatura o las condiciones económicas o sociales son accidentales y que cada persona es valiosa por sí mismo, pues ha sido hecha a imagen y semejanza de Dios. Cuánto valora Jesús a estas personas, queda claramente expuesto en el pasaje de Lucas 6,6-11).

Un sábado había un hombre en la sinagoga, que tenía la mano derecha paralizada. Los escribas y fariseos estaban al acecho para ver lo que Jesús hacía. El Maestro, sin dudarle un momento, llamó al hombre y lo colocó *en el centro* de la sinagoga, queriendo dar a entender que la persona debe estar en el corazón de toda estructura, en vistas a su bien integral.

El verdadero discípulo de Jesús no se menosprecia. Se ama tanto, que es capaz de negarse a servir a otros si esto exige renunciar a algo que le es debido.

Una noche había diez vírgenes que estaban esperando al esposo. A cinco de ellas se le acabó el aceite y sus lámparas empezaron a extinguirse. Entonces pidieron a las otras que compartieran el suyo, pero éstas se negaron porque eso conllevaba que sus lámparas se apagaran también. Cuando se nos pide algo que implica perder la luz, no tenemos porque darlo, sino al contrario: el Evangelio también se vive negándose a entregar el aceite tan necesario para que la lámpara siga ardiendo.

Si el ser humano es tal en la medida de sus relaciones, el discípulo se define en las seis relaciones antes expresadas. Ellas son precisamente las que lo identifican como un auténtico discípulo de Jesús. Ellas son su carta de presentación y al mismo tiempo su tarjeta de identidad.

Para evaluar nuestra condición de discípulos de Jesús, tenemos en María el mejor modelo de un discípulo.

Busquemos en el Evangelio sus actitudes que la identifican como tal. Como se comportó María con:

- Dios como Padre; con Jesús, como Maestro; con el Espíritu Santo, como guía; con los demás como hermanos; con las cosas, con libertad; consigo misma, como persona.

Después evalúa en una escala del uno al diez, donde te ubicas en cada una de las relaciones mencionadas más arriba. El resultado expresa como marcha tu vida de discípula.

## Año de la fe

Con respecto al año de la fe que dará comienzo este mes, en la conclusión de la “Nota con Indicaciones pastorales...” que está anexado al “Motu Proprio Porta Fidei”, se lee lo siguiente:

La fe es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos comprometemos a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo.

La fe es un acto personal y comunitario: es un don de Dios, para vivirlo en la gran comunión de la Iglesia y comunicarlo al mundo. Cada iniciativa del *Año de la fe* busca favorecer el gozoso redescubrimiento y el renovado testimonio de la fe. Las indicaciones aquí ofrecidas tienen el objetivo de invitar a todos los miembros de la Iglesia a comprometerse para que este año sea una ocasión privilegiada para compartir lo más valioso que tiene el cristiano: Jesucristo, Redentor del hombre, Rey del Universo, «iniciador y consumidor de nuestra fe» (Heb. 12,2).

William Cardenal Levada (Prefecto).



## La fe, ¿ilumina nuestra vida?

Hay gente que aparenta no tener mucha fe... Y otros que parecen muy devotos... Pero en los momentos trascendentales de su vida los primeros no se equivocan. Y toman sus determinaciones mejor que los segundos, que se zambullen en la vida como quien juega al azar o se dejan llevar por la corriente: “total todos lo hacen”, dicen como si nunca hubiesen sido bautizados. Por eso nos preguntamos: ¿cuál es el secreto de la verdadera fe?

No se trata sólo de ser muy devotos. “No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos...”, dice Jesucristo (Mt, 7,21). Hay que tener devoción, pero sabiendo que hay algo más profundo que la devoción.

Nuestra fe no debe estar arrumbada en algún lugar oscuro de nuestra conciencia, o lo que es peor: la tengamos amordazada o con una venda en los ojos que le impida ver y actuar. Forma parte de las obligaciones de quien se siente cristiano y católico mantener viva siempre la fe; es importante que vivamos cada día con más intensidad nuestra fe.

Una de las finalidades de la oración es mantener viva la fe. Las grandes decisiones del cristiano deben ser hechas a la luz de la fe. Enfrentar una situación o esperar que madure... Hablar cuando las palabras son dolorosas, o simplemente quedar en silencio. Todo eso exige que nuestros problemas no deben resolverse a cara o cruz; ni que nuestras decisiones opten por los beneficios económicos o políticos que puedan reportarnos. Se trata de que nuestros problemas los conversemos con Dios, que nos aconsejemos con Él, que vivamos la vida que Él quiere hacernos vivir.

Para ello nuestra fe tiene que ser **FE –VIDA**. Nuestra generación se ha acostumbrado a relegar su fe a la Iglesia, para luego actuar de cualquier manera en la vida diaria, dándole a la fe un valor tranquilizante como una aspirina para conseguir que se disipen o disminuyan nuestros problemas de conciencia.

La fe no es sólo fervor, es sobre todo comportamiento humano. Es el sello legítimo de virtudes que se ejercitan con sacrificio y esfuerzo; normas y valores de vida que tienen que transformarse en carácter y personalidad auténticamente cristianos. Los cristianos no pueden dejar que los frutos de su cristianismo sean juguetes de la improvisación: “yo sé lo que quiero conseguir y cuál es mi premio”, decía San Pablo.

Tenemos que cultivar sin pausas nuestra fe y podemos rogar: “Señor, aumenta mi fe...” Una oración y una actitud que todos debemos encarar con seriedad y constancia. La situación de la Argentina nos indica que vivimos en una época en que si no nos aferramos a nuestra fe caminaremos desubicados y vencidos por las tentaciones e hipocresías que nos rodean.

No podemos pretender apresar a Dios con la fe ni convertirlo en un talismán. Sería pretender ser dueños de Dios como era Aladino dueño del genio de la lámpara maravillosa. Además estaríamos tergiversando nuestra relación: a Dios lo descubrimos como nuestro dueño, nuestro Señor, el infinito, el que rebalsa nuestros sentidos, el que nos sobrepasa en todo. O sea el que manda, el que tiene en sus manos el origen de nuestra vida, el que nos ha elegido entre miles y miles de seres posibles porque nos amó desde la eternidad; el que nos ha trazado un itinerario singular; el que nos ha dado un destino y nos ha elegido una misión.

Para que la fe ilumine nuestra vida, debemos confrontarla constantemente con el Evangelio, con las palabras de Jesús, sus gestos, sus milagros, su vida entera. La fe es ligarse a Él como ser único, irrepetible e irremplazable. Fe es quedarse con Jesús como la oveja perdida que Él cargó para llevarla con el rebaño. Fe es pedirle: ¡Señor, ayúdame en mis miserias e incredulidades!

¡Cuántas cosas incomprensibles nos rodean! ¿Por qué muere esa madre que es tan necesaria para sus hijos tan pequeños? ¿Por qué esa mala persona triunfa en la vida? ¿Por qué yo no puedo alcanzar esa meta o conseguir esa virtud...? ¿Señor que yo vea!, decía el ciego del Evangelio que gritaba pidiendo auxilio al paso de Jesús (Lc. 18,35-43).

Por eso decimos que la fe está muy unida a la oración, y es exacta aquella definición del Cardenal Newman que decía que la fe es la capacidad de superar nuestras dudas. Para superar nuestras innumerables dudas, para poder ver y aceptar la voluntad de Dios tenemos que recurrir a muchos actos de fe: “¡Señor, aumenta mi fe!” “¡Haz que yo acepte tu voluntad!” “Haz que comprenda tu Providencia que todo lo ve y todo lo predispone para mi bien.” Y de vez en cuando repetir: “¡Señor, acepto este hecho que tanto me hace sufrir, acepto aquel fracaso...!”

La fe es una gracia, y a la vez, una respuesta de Dios. Porque el objeto de la fe es **un diálogo**. Siempre es la entrada en una vida mística, o sea en una vida de unión con Dios en donde nuestros valores de vida son reemplazados paulatinamente por los valores de Dios.

Por eso dialogamos con Él. Cuando uno ama a alguien, y le pregunta algo siempre hay una respuesta. Si no hubiese respuesta no habría amor. Dios responde, pero muchas veces su respuesta no se percibe directamente; o no se entiende. Porque las dudas no lo impiden, o porque queremos sólo la solución y que sea una solución acorde con nuestros deseos y con nuestra manera de pensar. Le pretendemos dictar a Dios la respuesta que queremos, y por eso no lo escuchamos a Él.

Algunos pueden decir: jamás he tenido una respuesta “audible” de Dios. Pero Él puede hablarnos “sin palabras”, sólo a través de los acontecimientos, y con esa paz que de pronto aparece en nuestra alma. Una paz incomprensible y milagrosa que nos da fuerza y confianza a la vez... Una paz que nos hace

comprender lo que hasta ese momento no comprendíamos porque pretendíamos convencer a Dios de que nuestra solución era la mejor.

Hay personas que cuando son rozadas por algún problema, dan gritos de angustia y protestan olvidando haber dicho que tenían fe. Y al contrario, hay personas que se declararon sin fe, y actúan como verdaderos cristianos: sin quejas, sin críticas, sin hacer teatro de sus fracasos.

Hay otros cristianos que se guarecen en su fe como en una coraza de puerco espín: se encierran en sí mismos, se amargan o se vuelven neurasténicos. Otros, en cambio, saben llevar su cruz. Esos son los que saben dialogar verdaderamente con Dios.

Cada cual tiene su drama de fe: el mundo entero es un drama de miles de millones de personas, de hombres y mujeres que tratan de vivir o redescubrir la fe. Otros siguen muertos porque no lo oyen a Dios. Sin embargo, todos tienen alguna fe. Pero pocos, muy pocos tienen esa fe divina que proviene de Dios y que nosotros tenemos que aprender a cultivar y proteger. Una fe que en los tiempos actuales debemos aprender a transmitir a los demás. La fe es un sentido de vida. La fe es lo que nos saca de nosotros mismos, lo que nos permite comunicarnos y convivir con los otros. La que nos convence de que el Reino de Dios está cerca. Y nos hace superar los fracasos, y nos levanta en las postraciones. Es la que sabe que Dios ha pasado por el mundo y por su vida. La que reconoce al Dios creador, a Jesús Redentor y al Espíritu Santificador. Es la que se siente cerca de ese Dios vivo y se apoya en Él, y habla de Él. La que vive de Dios no sólo en las buenas, sino también en las malas. La que sabe dar gracias, en lugar de estar siempre pidiendo...

## *El Santo Rosario*

(De una homilía de Mons. Domingo Castaña en San Nicolás y que agradecemos al P. Baldussi)

**E**l rezo del Santo Rosario recobra hoy, con especial fuerza, el lugar que ha ocupado por siglos en el corazón de la Iglesia. (...) No existe un compendio mejor, y más al alcance de todos, de los misterios de la fe cristiana. Desde la Encarnación a la Ascensión del Señor pasan ante nuestros ojos las escenas más conmovedoras de la historia de la salvación. Pero todo ello se cumple en su medio adecuado: el ser inmaculado y la vida de María. Pero la Virgen no es sólo un marco humano de referencia, está íntimamente asociada al Dios encarnado, presente en la historia como Salvador de todos. De tal modo lo está que, por fuerza de los acontecimientos, Dios hace depender el cumplimiento temporal de su designio salvador de un “sí” aparentemente frágil y escondido, el de María. Desde el primer momento la Virgen está, como la Sabiduría, en la mente de Dios y en el acontecimiento histórico en el que se inicia y cumple la determinación divina de salvar al hombre.

La misma salutación angélica, esa oración que Dios dirige a María, se relaciona directamente con el misterio de Cristo. Oración simple que en su integridad Dios compone con Isabel y el pueblo cristiano que, inspirado por Él mismo, proclama su fe en la maternidad divina de la Virgen Santa. Contemplación de los misterios de Jesús en su ambientación mística original que es la presencia de su Madre. Contemplación simple y oración inspirada que es repetida incansablemente por los labios del creyente.

Difícil oración, aún para los santos canonizados. Pero, purificadora oración en la que María parece ejercer, con especial empeño, su misión de Madre y pedagoga de sus pequeños hijos. Oración que glorifica a Dios, que sabe suplicar con los “gemidos inenarrables” de formulaciones comunes y que reduce a nada las pretensiones intelectuales de unos y el ansia de productividad del tiempo de otros. Hay que ponerse a mirar desde la fe las mismas simples escenas y repetir, hasta el hartazgo, las expresiones que reclaman ser colmadas de un amor personal del niño, tierno, sin intereses.

Ante la insistencia de la Iglesia y de la Virgen a favor del rezo del Santo Rosario, incluso haciendo depender de su perseverancia importantísimas gracias, nos preguntamos: ¿Qué secreto encubre su práctica? Para responder deberíamos aportar experiencias personales, recuerdos de momentos especialmente significativos de nuestra vida. Lo que sí conocemos es la consecuencia, el resultado en el corazón, en la renovada visión de las cosas y, especialmente, en la decisión de arriesgar un valiente comportamiento cristiano entre los hombres.

Lo primero que nos enseña el rezo perseverante del Rosario es la exclusión de todo voluntarismo inútil en la adquisición de las virtudes cristianas. Su secreta acción ablanda el corazón entre las manos de Dios, único artífice de nuestra salvación. Es decir: estimula el trabajo de decir el “sí” libre de María para que Dios obre “conforme a su Palabra”.

La generalización del rezo del Rosario en familia ha causado sólidos e indestructibles núcleos familiares. La historia es muy ilustrativa al respecto. Nos encontramos en un momento en que, por oportuna inspiración, ha rebrotado la tradicional devoción mariana. Debemos prestar una especial atención a esta

gracia que parece destinada a renovarlo todo. La Iglesia se defiende del error, de la corrupción, de la cobardía y de la inacción; pero, sobre todo, se autoimpulsa, animada por el Espíritu Santo, hacia lo que constituye su misión única y su fuerza en el mundo: la presentación valiente del Evangelio.

El rezo del Santo Rosario introduce en la formación de cristianos y de comunidades fuertemente evangelizadoras, lo que es base esencial para la evangelización: la sencillez y la humildad; la pureza de corazón y la capacidad de darlo todo por amor. La monotonía de las “aves”, el simple enunciado de los misterios inagotados e inagotables, la rebeldía de una concentración huidiza, contribuyen, cuando uno resuelve no dejar la práctica y formar corazones pobres y despojados, dispuestos a la renuncia y al abandono en Dios, al testimonio y a la heroicidad.

El esfuerzo por popularizar el rezo del Rosario está movido por una providencial intención. A medida que lo practica más gente se produce una transformación que confunde a quienes bien intencionadamente lo relegan a grados muy ínfimos de la estimación. Me permito denominarlo “la oración pobre”. Por su extraordinaria sencillez sólo requiere la repetición del “Padre nuestro”, el “Ave María” y el “Gloria”, acompañando la meditación del simple enunciado de los diversos misterios de la vida de Cristo.

(...)La advocación de la Madre de Dios que veneramos en esta sagrada imagen recupera para todos esta práctica de oración tan eminente por su prolongada tradición eclesial. Consciente de lo que está manifestando Dios, como de Él, no puedo más que estimular el amor a esta devoción. Que no caigan los Rosarios de las manos de nadie. En momentos cruciales de la historia de la Iglesia el recordado Papa dominico San Pío V, lo depositó en manos del Pueblo cristiano como medio y arma saludable. ¿Por qué no unirlo a la nueva evangelización como un instrumento privilegiado? Los grupos de oración, en base al rezo constante del Rosario, son fermento de renovación de la vida cristiana para la evangelización.

A quienes, por su exquisita formación teológica y espiritual, miran con cierto recelo esta exhortación, los invito a considerar lo que expresó Paulo VI en su recordada Carta Apostólica sobre la Virgen y que otorga a lo expuesto un saludable equilibrio: “Al difundir esta devoción tan saludable, no sean alteradas sus proporciones ni sea presentada con exclusivismo inoportuno: el Rosario es una oración excelente, pero el fiel debe sentirse libre, atraído a rezarlo en serena tranquilidad, por intrínseca belleza del mismo”.

Ya que citamos al Papa Paulo VI quisiera ofrecer, en una hermosa frase de la mencionada Exhortación, una síntesis final de nuestra reflexión de hoy: “Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso que favorezcan en quien ora la meditación de los misterios de la vida de Jesús, vistos a través del Corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza”.

Agregamos palabras de Juan Pablo II: “El Rosario es verdadero diálogo con María, nuestra Madre celestial. En el Rosario nosotros hablamos a María para que ella interceda por nosotros ante su Hijo Jesús. De este modo hablamos a Dios a través de María.

“Acostúmbrense, queridos muchachos y muchachas, a rezar el Rosario de esta manera. No se trata tanto de repetir fórmulas, cuanto de *hablar como personas vivas, con una persona viva*, que si no ven con los ojos del cuerpo, pueden sin embargo verla *con los ojos de la fe*. La Virgen, de hecho, y su Hijo Jesús, viven en el cielo una vida mucho más “viva” que esta nuestra mortal que vivimos acá abajo en la tierra.

“El Rosario es un coloquio confidencial con María, una conversación llena de confianza y abandono. Es confiarle nuestras penas, manifestarle nuestras esperanzas, abrirle nuestro corazón. Declaramos a su disposición para todo lo que Ella, en nombre de su Hijo, nos pida. Prometerle fidelidad en toda circunstancia, incluso la más dolorosa y difícil, seguros de su protección, seguros de que, si lo pedimos, Ella obtendrá siempre de su Hijo todas las gracias necesarias para nuestra salvación.



## *Intenciones del Papa para Octubre*

**GENERAL:** Para el desarrollo y progreso de la Nueva Evangelización en los países de antigua cristiandad.

**MISIONERA:** Para que la celebración de la Jornada Misionera Mundial sea ocasión de un renovado empeño misionero.

**CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA:** Para que en nuestras comunidades católicas se imprima un espíritu misionero más explícito y orgánico, que promueva el crecimiento continuo y perseverante de la fe.



*¡Sonría, por favor!*

**E**l cavernícola hijo llega a la cueva, le da las calificaciones al cavernícola padre que las lee detenidamente y grita:

–Que no apruebes caza, lo comprendo, porque eres pequeño y todavía no puedes con la lanza. Que no apruebes agricultura lo hacemos pasar, porque es complicada y al principio cuesta trabajo agarrarle la mano. Que no apruebes pintura rupestre te lo perdono, cuando crezcas podrás coordinar mejor lo que hagas, pero... Que no apruebes historia, es imperdonable, ¡si apenas llevamos dos paginas...!

